

samente nos habia de servir contra él, y no haríamos mas que oponer nuestra division al enemigo comun? Dejadnos hacer; permitidnos que os salvemos; dejadnos salvar una vez mas la sociedad; dejadnos deducir la verdad de la Autoridad por medio de la autoridad de la Verdad.

En vano decís que creéis con nosotros en el orden sobrenatural, y que nuestro enemigo no cree, y que sin tener fé en este orden no puede salvarse la sociedad.—Ya he probado que esta era una falsa y quimérica distincion, y no puedo volver á tocar esta materia sin que haga relucir de nuevo una verdad de evidencia tan terrible. ¿Cuántos doctores protestantes, cuántas Iglesias no hay que creen en el orden sobrenatural, y obran como si no creyesen? Recíprocamente, ¿cuántos predicadores socialistas que creen en el Evangelio, no estraen de aquí sus testos y sus anatemas contra la sociedad? En el hecho, ¿cuál es la tendencia que distingue á las poblaciones protestantes de las católicas en Francia? Y en Europa, ¿cuál es la boca que sopla los fuegos del Socialismo revolucionario, mientras que solo guarda insultos para el Catolicismo, y ovaciones de hospitalidad para todos los borrados de la civilizacion del universo, cuyas conjuraciones incendiarias favorece....? No, la distincion entre los que creen y los que no creen en el orden sobrenatural no tiene nada de profundo, de prácticamente cierto y oponible, cuando la afirmativa ó la negativa resultan igualmente del sentido privado. Siendo naturalmente igual un sentido privado á otro no puede mas que autorizar la libertad de examinar, y por consiguiente de admitir ó rechazar, de qué se sirve. Para que esta distincion sea formal y efectiva, preciso es pues que la creencia en el orden sobrenatural proceda de otro principio que no sea la incredulidad en este orden, del principio de la Autoridad.

Indudablemente el Cristianismo es el único vencedor posible del Socialismo; pero ha de ser el Cristianismo lógico, el íntegro, por otro nombre Catolicismo.

Aquí hemos terminado con el buen sentido, primera autoridad invocada por Mr. Guizot.

Falta la caridad.

“Lo que el interes aconseja á los Cristianos, dice (aceptar-se), la caridad se lo prescribe. Cuando cesa toda lucha material, cuando se establece la libertad religiosa en las costumbres lo mismo que en las leyes; cuando de hecho y de derecho, las creencias diversas se hallan obligadas á vivir en paz unas con otras; ¿por qué no habrian de sentir el deseo de embellecer la paz por la caridad?”

Si Mr. Guizot no quiere hablar mas que de buenas relaciones de sociabilidad y de afecto natural, acudiremos gustosos, ó mas bien, todos los dias acudimos á su invitacion, y damos la mano, y el corazon, y la vida si necesario fuese á nuestros hermanos separados, con tanto mas celo cuanto que esperamos trasmitirles al mismo tiempo la verdad, ejerciendo para con ellos la sola intolerancia, la sola tiranía que poseemos, la de nuestra solicitud y caridad.

Si fué su intento hablar de la tolerancia civil de religion, no puede ser vivo el ejemplo que al mundo damos de que la ejercemos; pues todas las ventajas las dividimos pacíficamente con los protestantes, todas las inmunidades, todas las posiciones (Mr. Guizot lo sabe muy bien), todas las libertades civiles, políticas y religiosas. Los protestantes son los que se quedan atras en esto, negándonos esa tolerancia do quiera forman la mayoría, y notablemente en Inglaterra, en Suecia y en Holanda.

Mr. Guizot ha querido decir evidentemente otra cosa: habrá querido embellecer la paz por la caridad, esto es,

la tolerancia civil por la dogmática, dos tolerancias muy distintas y que él parece confundir con demasiada frecuencia; habrá querido que protestantes y católicos olvidasen sus disentiimientos, como infinitamente ajenos de su fe comun, y que se aceptasen mutuamente en el terreno dogmático como en el social, á la vista de un enemigo comun mucho mas peligroso para todos ellos que serlo pueden los unos para con los otros. Tal es el fondo del voto de Mr. Guizot. Pero es preciso decirlo; ese voto es escéptico, y tan contrario á la caridad como á la verdad.

Si el primero de todos los bienes es la verdad, la primera caridad es la caridad de la verdad; el primero de todos los deberes es el de no aceptar, no tolerar el error, ni cesar de combatirlo como á mortal enemigo que es, no solo de la verdad á la que todos nos debemos, sino tambien de la caridad, por medio de la cual la adquirimos de nuestros hermanos. Esa lucha contra el error lleva sin duda el sello de la caridad que la motiva; pero debe ser tan vigorosa contra el error como llena de atenciones hácia las personas; porque la caridad prescribe tanto lo uno como lo otro. No necesito decir que debe respetar la verdad cuyo triunfo se propone, sin separarse de ella, ni aun por la exageracion que es la mentira del cielo, ni mezclando espíritu de orgullo y de conquista; estimando como ley no negar sino para afirmar, no destruir sino para edificar, ni herir sino para curar; de suerte que el error sea menos el fin que el efecto del triunfo de la verdad; para decirlo todo, que en ese campo de batalla no se cuenten los muertos, sino los vivos.—Bajo estas condiciones, la caridad al mismo tiempo que la verdad ordenan la lucha, y la tregua resultaria solo en provecho del egoismo y del error. Debemos propender á la union; pero á la union por la unidad que es la vida, y no por el escepticismo que es la muerte.

La misma tolerancia civil reclama contra una tolerancia dogmática que nos daria igual resultado; y aquí llamo la atencion sobre una consideracion importante.

Es grave error, y por desgracia muy esparcido, creer que se nos concede la libertad de religion para otra cosa que para ejercerla y ejercerla bien, y que podamos hacer de ella una libertad de irreligion, ó aun de indiferencia. Háse dicho que esta era una ley atea. Gran error y grave injuria. Muy al contrario, esta ley es eminente y esencialmente religiosa. La libertad de conciencia solo sirve para dejar mas iniciativa é impulso al movimiento de la conciencia humana hácia su Autor, y no para permitirle que contradiga ese movimiento, ni aun que simplemente lo rehuse. Este es sin duda un asunto de conciencia entre nosotros y Dios; pero no lo es menos entre nosotros y la sociedad. Si esta no nos pide cuenta del uso que hacemos de la libertad de religion que nos concede, es porque en eso obraria contra esa misma libertad; pero tambien es contrario á esa libertad separarla de su objeto, ó dejarla simplemente ociosa. Es abusar de la confianza que nos la concede, es engañar las intenciones de la sociedad, ya que esta no puede ser indiferente al uso que de aquella hacemos hasta el grado de admitir moralmente que pudiésemos convertirla en una libertad de irreligion y de impiedad, y que nos volviésemos pueblo de escépticos y de ateos. Pensarlo solo seria hacerle una soberana injuria. Cualquier interes, por grosero que sea, se opone á ello, considerando que un pueblo de escépticos y de ateos lo seria bien pronto de bárbaros y de foragidos. La impiedad ó la indiferencia de religion no es un derecho social de la libertad de religion, sino un abuso de este derecho, una violacion del deber que este derecho implica, un acto de mal ciudadano. Quizás no eran tales los sentimientos íntimos de los que

han pedido la libertad civil de conciencia; pero sostengo que los principios de que la han hecho emanar fueron los que invocamos, y que, como legisladores, no han podido tener otros. Por lo que respecta á nosotros, solo con este espíritu podemos admitir la libertad religiosa, y la bendecimos, no como una facultad de escepticismo y de indiferencia, sino como una obligacion moralmente mas grande de religion, y como un medio de volver por la libertad á la misma fé que antes se mantenía por la intolerancia.

Deduciremos por lo pronto de esta consideracion contra *el derecho de los filósofos*, sostenido por Mr. Guizot, que la tolerancia civil de religion bien entendida se niega á la dogmática, es decir, al escepticismo; y que *embellecer la paz por la caridad*, como dice Mr. Guizot, no podría admitirse á espensas de la verdad, sin la cual solo habria falsa paz y falsa caridad.

Pero Mr. Guizot descubre mas el fondo de su pensamiento, al mismo tiempo que nos proporciona argumento con que rebatirlo, en el siguiente pasage de su escrito:

“En un régimen de libertad religiosa bien establecida y aceptada, no solo *las diversas comunidades cristianas* pueden *vivir en paz y en buenas relaciones*, sino que tambien pueden contribuir por su *coexistencia pacífica* á su *mútua prosperidad religiosa*. ¿Cuál fué para el Catolicismo en Francia una de las mas gloriosas y piadosas épocas? De seguro, el siglo diez y siete. El Catolicismo frances vivia entonces en presencia del Protestantismo aun tolerado y del Jansenismo que se hallaba en su apogeo. ¿Qué causa ha impedido á la Iglesia anglicana caer en la apatía que mas de una vez ha parecido próxima á invadirla? La vecindad de sectas disidentes medio libres que la han tenido siempre en alarma obligándola á salir de su desmayo. No hay esta-

blecimiento ni poder que no necesite ser comprobado y hacer esfuerzos por conservar su rango: bueno es vencer, pero no esterminar á los rivales; y en el órden espiritual como en el temporal, el laborioso régimen de la libertad tiene por todo el mundo sus justas recompensas: al mismo tiempo que asegura á los débiles su derecho, regenera incesantemente á los vencedores.”

Mr. Guizot se retrata admirablemente en ese pasage de su escrito. Ahí está su verdadero sello, mas profundamente grabado de lo que el mismo autor se lo pensaba. Podria, pues, causarnos la ilusion que él se hace sacando una induccion de error de la pura verdad. Es indudable que la contradiccion regenera, y cuanto dice Mr. Guizot sobre este particular es muy bien dicho y puede reasunirse en estas grandes palabras de San Pablo: *Oportet et hæreses esse*. ¿Mas deberá creerse que porque en las miras y por los recursos de la Providencia el mal aproveche al bien, el error á la verdad, sea menester contemplar al mal y al error, y vivir con ellos *en buenas relaciones*? Se creará que es preciso llevar estas buenas relaciones con la mira de una *mútua prosperidad*? Donde están el sincero católico, el sincero protestante que puedan sonreir á semejante consideracion? Dónde el católico que pueda moralmente aceptar la *prosperidad* de la heregía protestante? Dónde el protestante que á su modo de ver erróneo, pero algunas veces sincero pueda moralmente aceptar la *prosperidad* de la supersticion papista? Dónde está, en una palabra, el hombre convencido de la verdad de una creencia cualquiera que no deplora la *prosperidad* de su negacion?

Tengo una muy alta idea de la honradez de Mr. Guizot para creer que pueda desear la prosperidad del error y que no deplora como nosotros los estragos de ese error. Si le sonrie la *mútua prosperidad* del Catolicismo y del Protestantismo, es porque á sus ojos no hay error en nin-

guna de estas dos doctrinas; y como sin embargo, son contradictorias y la una no puede ser verdadera sin que la otra sea falsa, se sigue que, no siendo ninguna falsa, ninguna es verdadera, y que para Mr. Guizot no son ni falsas ni verdaderas, sino indiferentes en sí, y objeto de un mismo escepticismo. No sé lo que pensarán de eso los protestantes; pero nosotros los católicos negamos nuestro asentimiento. Si es fuerza que haya heregias, no admitimos que sea para prosperidad de las heregias, ni menos para la mútua prosperidad de las heregias y de la Iglesia, sino para la sola prosperidad y el solo triunfo de la Iglesia. Aceptamos como una prueba que las heregias se suceden al pié de la roca inmutable de la fé católica; porque mueren á causa de su misma sucesion y variacion, no pudiendo consistir la vida mas que en la permanencia y la unidad; y resignándonos á verlas renacer no cesaremos de combatir las para gloria de la verdad y salvacion de nuestros hermanos. Y no se crea que intentamos atacar la libertad de cultos ni turbar su paz civil en el Estado; muy al contrario, honrar esa libertad por su ejercicio; y embellecer esa paz por la sola caridad que podamos admitir, que es la que se alumbraba en la fé.

El ejemplo invocado por Mr. Guizot justifica nuestro sentimiento. Seguramente en el siglo diez y siete el Catolicismo y el Protestantismo coexistian en Francia; pero no en buenas relaciones como lo entiende Mr. Guizot, ni en via de mútua prosperidad. Cuando Bossuet humillaba á la Reforma con su inmortal *Historia de las variaciones*, cuando lanzaba contra ella sus celebres *Adversarios* (1), cuando con la misma pluma no desapro-

(1) Cuando, por ejemplo, respondiendo anticipadamente á la proposicion de Mr. Guizot, decia: "La Iglesia romana podria tener parte en esta comun confederacion de los cristianos, que se propone hoy bajo el nombre de tolerancia, si, sin obligar á nadie á las inter-

baba la Revocacion del Edicto de Nantes; ó mas bien, cuando la hacia asunto de sus elogios fúnebres, su grande alma pastoral creia ciertamente preservar la Iglesia y purgar la Francia de uno de sus azotes mas peligrosos; y la caridad que inflamaba su celo, no era la que trata de embellecer la tolerancia y que suscribe á una mútua prosperidad. La libertad de cultos es hoy ciertamente mas segura, y tambien son mucho mas aceptadas las relaciones entre católicos y protestantes; y si, no obstante, Mr. Guizot cree deber acudir al siglo diez y siete como á una de las mas gloriosas épocas del Catolicismo, permitanos, no ya que usemos todas las ventajas que este ejemplo nos facilita contra él, sino que á lo menos deduzcamos esta simple verdad, que la sola caridad que realmente pueda hacer honra á la libertad de cultos no es la caridad que acepta, es decir, la que abdica, sino la que combate.

Mr. Guizot termina su escrito reasumiéndolo en una doble profesion de fé, la una cristiana, y la otra filosófica. Trata de hacer bajar el reproche del señor Donoso Cortes á su *Historia de la Civilizacion europea*, y declara que cree en el orden sobrenatural y en su necesidad para explicar y gobernar al mundo. Los filósofos por su parte reconocerán que si rechaza su doctrina no les niega su derecho. Y esto no lo dice para reclamar el frívolo honor de sostener á la vez *dos grandes causas*, sino para afirmar una *doble verdad* que merece toda su

relaciones que recibió en su tiempo, quisiese ella contentarse con una suscripcion general en los términos de la Escritura, la que podria hacer con tan poco trabajo como las otras religiones. Pero lo que hace que esta Iglesia sea tan odiosa á los protestantes, es principalmente, y mas que todos los otros dogmas, su santa é inflexible incompatibilidad, si se puede hablar de este modo; es que quiere ser sola, porque se cree la esposa: título que no admite particion. . . ." (Sesta advertencia).

conviccion y rendimiento: la fé cristiana y la libertad religiosa, á cuyo solo precio se consigue la salvacion de los pueblos.

Despues de todos los errores sensibles que hemos debido anotar en el escrito de Mr. Guizot, esta conclusion tiene el privilegio de asombrarnos y affigirnos mas aun y nos condena á deplorar hasta el fin la ceguedad de ese espíritu eminente.

El juicio que nuestro ilustre y nunca bien sentido amigo señor Donoso Cortés ha hecho de la *Historia de la Civilizacion europea*, es el de todos los oyentes y lectores de esa historia. El señor Donoso Cortés no ha hecho mas que ponerle el sello de su elocuente expresion. Es mas que evidente que en esta historia, obra maestra de sagacidad tranquila y de análisis ingenioso, revestida del mas feliz y bello lenguaje, se exponen admirablemente todas las segundas causas de la civilizacion europea; pero falta allí del todo la primera, hasta el punto de brillar por su misma ausencia, y por los esfuerzos del talento que el autor ha empleado para ocultarla. Seguramente, si Mr. Guizot hubiera sido cristiano, si hubiera tenido fé en la accion sobrenatural del Cristianismo en el mundo, ¿qué ocasion mas favorable é inevitable de demostrarlo que la historia de los efectos del Cristianismo en la civilizacion moderna? Cómo ha podido llegar á sustraer completamente esta accion sobrenatural de su propio dominio, y esto teniendo en cuenta sus efectos, y en particular la influencia de la Iglesia, con una justicia, una imparcialidad y hasta una generosidad que todo le concede, excepto lo sobrenatural, y que por esto lo niega de la manera mas formal? Puede decirse que ese es el gran arte de su obra, la cual seria de una imperfeccion inesplicable, sin esa intencion evidente de su autor. Para hacernos creer en su fé, ne-

cesitaria Mr. Guizot que dejáramos de creer en su talento; y nos tiene ya muy habituados á admirarle para que podamos hacer el sacrificio.

El autor de la *Historia de la civilizacion europea* no es pues cristiano. Ahora bien, ¿lo ha llegado á ser despues? Ha recibido, como tan persuasivamente lo dice él mismo, ha recibido *de la vida práctica, sobre esas cuestiones temibles, mas lecciones de las que la enseñanza y la meditacion le han podido dar jamas?*

No vacilaríamos en pensarlo, aun cuando él no nos lo dijese; y á dudarlo, su noble palabra atraeria nuestra confianza. Seguramente Mr. Guizot no puede vivir sin ser cristiano. ¿Cómo habia de suceder que todas sus ricas facultades tan bien dispuestas para la verdad, tan bien hechas para asirla, penetrarse de ella y desarrollarla, fueran insensibles á tantas y tan altas lecciones con que la Providencia ha hecho como necesario que la confiese todo el que tenga ojos para ver la sorprendente demostracion que sin cesar nos da? Mr. Guizot no puede dejar de ser cristiano; pero tampoco le será dable serlo firme é íntegramente mientras no abandone la via del Protestantismo. Las muy señaladas muestras de escepticismo que hemos arrancado al conjunto de su escrito, pruebas son irrecusables de lo que vamos diciendo.

Bastaria para el caso la que le sirve de conclusion; pues las reasume todas.

Mr. Guizot cree en el *orden sobrenatural*, y mantiene con esta creencia el *derecho* de los filósofos, llamando á esta creencia y á este derecho *dos grandes causas, una doble verdad*.—Estima el *derecho* de los filósofos tanto como la *fé* en el orden sobrenatural, y si tuviese que optar entre una y otra de estas convicciones, necesidad que, segun nosotros, es inevitable, no seria muy aventurado creer que sacrificaría *la fé cristiana al derecho* de los filósofos. Lo que no es dudoso es que los filósofos de-

ben estar mas satisfechos de esta profesion de fé que los cristianos, ó mejor dicho, estos solo han debido lamentarla.

Mr. Guizot no lo ha pensado bien; pero hay una autoridad que domina á los filósofos y á los cristianos, y á la que el mismo Mr. Guizot no podrá nunca desatender: todos debemos á esa autoridad una sumision inevitable, si queremos contarnos en el número de los hombres; porque es la autoridad de la lógica.

Así, pues, la doble conviccion, la doble glorificacion de la fé cristiana y del derecho de los filósofos, es radicalmente antilógica.

Para comprenderlo así, bastaria que uno mismo se preguntase qué cosa es orden sobrenatural, y qué cosa es el derecho de los filósofos.

¿Qué es orden sobrenatural? Segun Mr. Guizot es un gobierno, el gobierno necesario del universo y del género humano.

¿Qué son los filósofos? Son, dice Mr. Guizot, los incrédulos, los panteistas, los escépticos de todas clases, los puros racionalistas; en una palabra, todos los que niegan y atacan el orden sobrenatural.

Llamemos ahora á Mr. Guizot en persona, al gobernante, al antiguo ministro; porque Mr. Guizot debe pasar por todos los inconvenientes de sus ventajas, y si es á un tiempo filósofo y hombre de Estado, y tambien cristiano, debe permitirnos que lo váyamos considerando sucesivamente bajo cada uno de sus aspectos; empezando por preguntarle si cree que pueden conciliarse un gobierno y el *derecho* que las facciones tienen para derribarlo.

Nótese bien que no tratamos ahora de la libertad de los espíritus, ni de la de religion que admitimos, segun ya lo hemos explicado; tambien repárese que dejamos á un lado los inconvenientes y hasta los abusos de la li-

bertad; pues los toleramos como consecuencia de la misma libertad: solo hablamos del *derecho* de los filósofos, del *derecho* de antireligion, de impiedad, de insurreccion contra el gobierno divino: del *derecho* de los panteistas y de los ateos.

¿Pero la razon no dicta que si no hay derecho contra el derecho, menos podrá haberlo contra el deber, y que si hay un orden sobrenatural, igual sumision le debemos todos, *los grandes espíritus como los pequeños, en las regiones elevadas como en las humildes* [Mr. Guizot es quien lo dice]; y que mediante este deber, en contra de este deber el profesar el *derecho* de negar y derribar ese orden sobrenatural, seria sostener á la vez dos causas que se repelen?

Tanto valdria reconocer en los Socialistas el derecho de desquiciar la sociedad; porque al fin, ¿qué razon hay para que el gobierno de la sociedad sea mas sagrado que el de la Providencia? ¿El derecho de la sociedad es superior al de Dios? ¿Tiene ella mas sabiduría, mejor orden, es menos atacable que el gobierno del universo? ¿Quién se atreveria á decirlo? ¿Quién osaria asegurar que la sociedad no presenta con demasiada frecuencia el espectáculo del desorden? ¿Y qué, rehusaríais el derecho de negar y atacar á semejante sociedad y profesais el de negar y atacar el orden sobrenatural de la Providencia? Si esta sociedad tiene algun fundamento, algun título á nuestro respeto y sumision, consiste en que se apoya en ese orden sobrenatural que responde por ella, y es el solo que puede, en razon del derecho que tiene sobre nosotros y del que ante su justicia nos da contra la sociedad, encadenar los estravíos de la conciencia, y hacerle esperar en la resignacion y en la paz el gran dia de la reparacion. ¿Qué significa reconocer el derecho de los filósofos, es decir, de los que atacan ese orden sobrenatural? Es evidentemente re-

conocer el derecho de atacar á la sociedad por el solo cimientto que la sostiene, por el solo baluarte que la protege, en su título capital á nuestra sumision. Vos mismo lo habeis dicho: "Desde el momento en que el hombre deja de creer en el órden sobrenatural y de vivir bajo la influencia de esta creencia, al punto entra el desórden en el hombre y en las sociedades de los hombres Allí donde la fé en el órden sobrenatural deja de existir, las bases del órden social y moral se quebrantan profundamente y de mas en mas, como que el hombre ha cesado de vivir en presencia del solo poder que pueda á un tiempo satisfacerlo y arreglarlo."

Estas palabras de Mr. Guizot nos desarman, y nos hacen ver que con un espíritu tan elevado y honrado, se está siempre seguro de hallar recursos en sí contra sí mismo.

Estamos de acuerdo con Mr. Guizot, y solo falta que se ponga él de acuerdo consigo mismo. Si para conseguir esto bastara su talento, sin la verdad, gozaria de un privilegio único entre los talentos. Pero no hay nada de eso: Dios mismo está obligado á tener razon. Mr. Guizot está tan obligado como Dios, y como la mas humilde de las inteligencias. ¡Que tome, pues, su partido, el partido de la razon, de la verdad, de la fé, de la unidad católica!



LIBRO PRIMERO.

Del Protestantismo en su relacion con el Socialismo por el Naturalismo.

CAPITULO PRIMERO.

FISIOLOGIA DE LA IGLESIA CATOLICA.

Para bien comprender la enfermedad, preciso es conocer ya la relacion y el juego de los órganos en estado de salud.

Parécenos que á la apreciacion del Protestantismo debe preceder útilmente una apreciacion fisiológica de la Iglesia.

Vamos á consagrarle este primer capítulo.

Entre los errores que desde hace tres siglos descartian al mundo, el mas falso y desastroso es el de considerar la libertad en razon contraria de la autoridad.

Siendo la libertad el movimiento de la misma vida del hombre, y por decirlo así la llama de su sér, debia,